



Reflexiones a diez años de la observación

Mariano Pussetto

Re leer un texto del año 2014 nos lleva hacia finales del tercer año de la carrera y la primera experiencia concreta con el quehacer etnográfico. Por aquellos años, el ejercicio de observación que proponía la cátedra de Antropología en Contextos Urbanos fue el primer encuentro concreto con aquello que hasta entonces sólo conocíamos por las diversas lecturas que otras materias nos habían enseñado. Si este trabajo dejó huellas para una gran cantidad de estudiantes que por allí pasamos, se debe a que con él se dio el punto de partida en este siempre renovado e inacabado ejercicio de observar.

Si la observación supone una multiplicidad de acciones que pasan por la totalidad del cuerpo, dos de ellas, aprendidas en aquel entonces y resignificadas por los años y las coyunturas, me acompañan hasta hoy. La primera es que no hay observación sin otros: la heterogeneidad de los puntos de vista, el olor, el diálogo entre compañeros y compañeras que permiten desarmar prenociones. Como los transeúntes que hacen la ciudad, observar es hacer con otros. La segunda acción tiene que ver con el carácter subjetivo de la mirada: aquello que se presenta como “mi” mirada y engloba una pretenciosa sumatoria de sentimientos propios, no es más que una perezosa observación del yo. Su carácter subjetivo, entonces, es la alerta temprana para comprender procesos y relaciones que nos anteceden y de las cuales formamos parte.